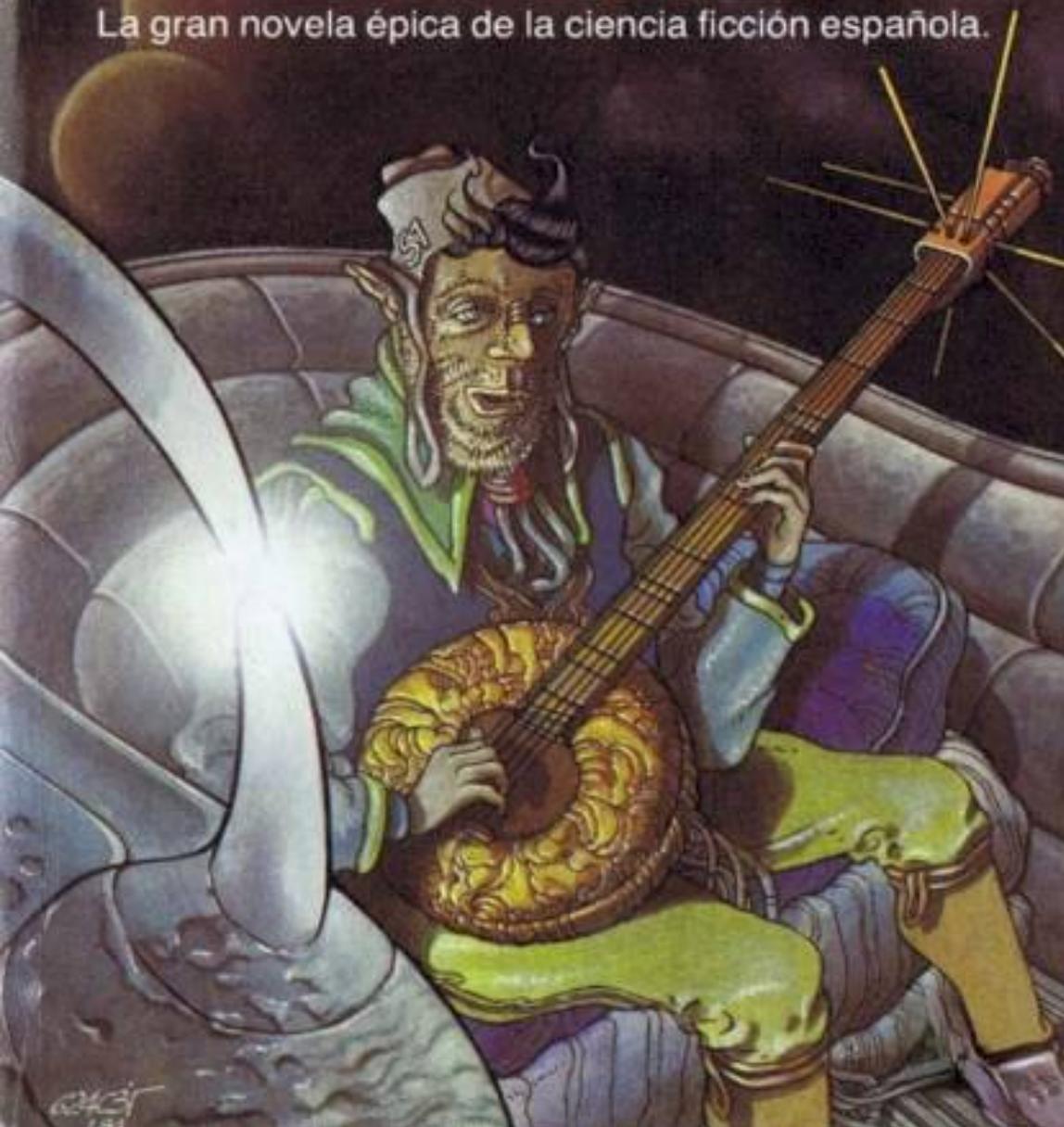


Rafael Marin Trechera

LAGRIMAS DE LUZ

La gran novela épica de la ciencia ficción española.



Tercera Edad Media: la humanidad languidece en la vieja Tierra mientras las naves de la Corporación se lanzan a la Conquista de las galaxias. Los mundos alienígenas son arrasados y explotados en nombre la expansión de la raza humana, y estas gestas bélicas son cantadas por los poetas, que a bordo de las naves componen sus poemas épicos acerca de las grandes hazañas guerreras, embellecidas debidamente, exaltadas... deformadas.

Deseoso de alejarse de la esclavitud y el vacío existencial que encuentra en el planeta Tierra, Hamlet Evans vivirá el anhelo y después el desencanto de una peripecia vital que lo llevará a ser clérigo en el asteroide Monasterio, poeta oficial de una nave en lucha en los planetas más allá del Confín, juglar y campesino en un mundo adecuadamente llamado Castigo, rebelde madurando a través de traumáticas experiencias, actor ambulante perseguido, payaso y responsable de un circo galáctico que salta de mundo en mundo con su carga de esperanzas rotas.

De aquí nace una consigna,
una literatura y un arte que
entran en fila en correcta for-
mación. Sálvese la sociedad
tanto en literatura como en
política. Todos saben que la
poesía es una cosa frívola, in-
significante, estéril, vana, ocu-
pada puerilmente en buscar ri-
mas; por consiguiente, hay
que temerla. Importa sujetar a
los pensadores. Es peligroso
elevantos a los altares. ¿Qué es
un poeta? Si se trata de hon-
rarlo, nada; pero si se trata de
perseguirle, entonces lo es to-
do.

VÍCTOR HUGO

1

Desempolvo la vieja peluca roja y me la ajusto con cuidado sobre los rizos, lo suficientemente ladeada como para que no parezca demasiado natural y lo suficientemente recta como para que deje de resultar grotesca. Así está bien. Abro y cierro los ojos y decido que será mejor añadir un poco más de colorete sobre los párpados. Muy bien, esto ya es otra cosa. Después, me coloco la nariz, verde como un guisante, el sombrero negro, la flor de plástico muy blanca. Prepara tu aplauso, mundo, ahí viene Hamlet.

Me contemplo de nuevo en el azogue, verificando que todo esté en orden. Lo está. Ese agradable monstruo soy yo, Hamlet Evans, querido y tatuado payaso. Me sonrío, con labios granate amplificadas por el maquillaje, pero no me hago demasiada gracia. Soy un público muy exigente, aunque a fin de cuentas tengo una poderosa justificación: Conozco todos mis chistes.

Alguien tamborilea desde la puerta, avisando que me faltan dos minutos para salir a pista. Yo asiento con la cabeza diciendo que ya voy, como si el otro pudiera verme. Dos minutos. Tiempo suficiente para fumar un último cigarro. Enciendo uno de hash y lo saboreo despacio, cubriendo de humo la imagen de payaso fantasmagórico que devuelve el espejo. Es lindo el hash... te hace verlo todo distinto. Te vuelve más simpático, más listo. Es un buen compañero cuando hay que salir a escena a repetir las gracias y no te sientes demasiado locuaz esa noche; cuando deseas cambiar la gloria de los aplausos por un poco de descanso y una cena de amor con Wim, a la luz de las velas. Wim. Me

preocupa Wim. Últimamente está mucho más pálida, más sepulcral. No quiero siquiera pensar en ello pero sé que Wim piensa en la muerte. Constantemente, de día y de noche. *La muerte*.

De nuevo la voz anuncia que mi turno ha llegado. Apago el cigarro y me pongo trabajosamente en pie, molesto por los zapatos, agradeciendo que me hayan interrumpido una alucinación que ya empezaba a teñirse de un velo triste: Wimdyl muerta, las alas rotas, el pecho mórbido plano y frío. Wimdyl consumida fuera de la crisálida, quemada para siempre, marchita, deshecha... No. Yo no puedo pensar en la muerte ahora. Después tal vez, pero no ahora. No en este momento. Yo tengo que salir y actuar. Yo tengo que hacer reír a mi público. Reír yo también. Olvidarme. Oh, Dios, olvidarme. No quiero acabar representando el tópico del payaso triste.

Ah, sabía que olvidaba algo. Los guantes, como siempre. Los condenados y absurdos guantes. Uno blanco y otro negro, como mi cara, como mi alma. Guantes. Los calzo con rapidez mientras recorro con la vista el camerino buscando el paraguas y mi pequeña jaula. La jaula tiene dentro una pajarita de papel bastante mustio. El público se ríe a borbotones cuando empieza a cantar muy afinadamente el aria de Rigoletto. El público. La jaula. La limpio con la manga y un segundo después ya estoy fuera, caminando de una manera demasiado erguida para un payaso. De más allá suenan aplausos que quieren decir que el número anterior ha tenido éxito. Eso es un buen consuelo para mí. Los compañeros cada día me lo ponen más difícil, pero jamás pierdo mi público.

Entre bastidores el jaleo es tan intenso como siempre. Un verdadero caos: artistas que vienen del sitio al que supuestamente deberían ir; trapecistas que echan una ojeadita a los cachorros de león mientras el domador recoge con mucha traza los restos del trapecio; gruesas mujeres barbudas que se quejan de no tener nunca hambre; contorsionis-

tas finas igual que cables comiendo como si el mundo entero se redujera a una simple ración de alimento; animales medio amaestrados campando libres, volviendo locos a todo el mundo excepto a sus cuidadores, que duermen en las jaulas el sueño de los justos; técnicos y electricistas sucios como mofetas que a primera vista parecen incapaces de unir dos cables pero que son posiblemente mejores que todos los técnicos y todos los electricistas con que jamás haya contado la Corporación. Y el olor a serrín, a sudor, a excrementos de animales y de hombres. El color chillón raído de la carpa, el tufo del alcohol que embriaga casi nada más olerlo, el humo dulce del hashish flotando libre en el ambiente. El circo. Los bastidores son un caos maravilloso que siempre hacen pensar, cuando se miran, que en la pista nada puede salir bien, que todo será un enorme fracaso. Llevo casi tres años aquí y sé que cada noche es la misma noche. La actuación se repite paralela en la pista y en el camerín. Siempre la misma ovación allá afuera, siempre el mismo orden. Siempre los mismos quejidos, el mismo satisfecho desaliento, la misma armónica anarquía. El circo. Mi circo.

Mientras el número anterior termina la representación me acerco a uno de los encargados de la pista, un hombre enorme de orejas rotas que hace las veces de acomodador y de forzudo y le pregunto, con flema de empresario, casi con despreocupación, cómo va la cosa. El sabe que lo quiero saber todo. Parece haberme estado esperando, porque escupe algo que estaba masticando (Dios, espero que no sea su ración de alimento), y me mira con franqueza a los ojos. Me veo reflejado en sus pupilas y me parezco grotesco.

—Regular. Hay poco más de media entrada, Hamlet. Bastará para cubrir gastos, nada más. Ha habido un par de problemas ahí fuera. Cosa seria. Wim no pudo volar. Las alas no le salieron y tuvimos que emplear el pozo de gravedad para levantarla. El público aplaudió igualmente. El téc-

nico de los láser hizo un buen trabajo, pero te robaron la mitad del número. Vas a tener que variarlo.

—Me esforzaré esta noche. ¿Cómo está Wim?

—Ahora anda descansando. La llevamos a la crisálida y la pusimos a dormir. El Doc le incorporó música dulce; Chopin. Dice que eso la aliviará, que tal vez las alas aparezcan otra vez mañana, que es cuestión de proponérselo.

—Iré a verla.

—No te queda tiempo, Hamlet. Tu número empieza ya mismo, y el Doc dijo que no sería conveniente molestarla. Tendrás que lucirte esta noche si quieres que alguien venga a vernos mañana. Oh, lo olvidaba. Manuel se cayó del potro y se partió una pierna, o casi. Ya anda bien. El Doc se la arregló inmediatamente y él mismo pudo terminar mal que bien su número. Iba muy tieso, eso sí. Los animales están muy inquietos hoy. Llevan un rato temblando y parece que barruntan peligro.

Eso es lo único que me falta. Más problemas. Si Wimdyll no ha podido sacar las alas, significa que no volverá a hacerlo en muchos días. Tal vez no volverá a hacerlo ya nunca. Su depresión de los últimos tiempos aumentará, y yo ni siquiera podré hacerle el amor para consolarla. Oh, cielos, y los animales en estado de alerta. Ojalá no presagien una nueva tormenta magnética, como la que nos sorprendió allá en Dagharta. He aprendido a fiarme de sus instintos. Ahora sé que cuando se muestran nerviosos siempre es por algo.

Alguien hace redoblar el tambor con un maravilloso efecto estereofónico y puedo oír claramente al jefe de pista anunciado con su voz de trueno mi número. Entro dificultosamente en el cañón, me preparo y cuento hasta diez, tomo aliento, me encomiendo a Dios y salgo catapultado, volando por los aires. Jodido empleo el de payaso, hombre-bala y director de circo.

Convertido en un rayo de colores cruzo todo el vacío existente y entonces empiezo a caer, rápido y fugaz como

el ataque de una serpiente. El pozo de gravedad me está esperando en su justo sitio, y floto plácidamente en él durante unos cuantos metros. Prefiero no imaginar qué sucederá el día que me falle. Será mi última actuación, y sin duda la más grande.

Ya estoy a punto de tocar al suelo cuando la gravedad es invertida desde la consola del técnico y caigo hacia arriba, rebotado como una pelota estúpida. El público empieza a reír al principio débilmente, luego más y más fuerte; cuando me doy cuenta son un rugido entero. Me olvido de los animales, del dinero, de mi maldita depresión e incluso de Wimdy y me concentro en mi actuación. Abro y cierro el paraguas, pataleo, pierdo el sombrero en el pozo de gravedad cuando ya casi he logrado salir de él. Mi número de todas las noches. El sketch es mudo. Dejé de contar chistes malos desde que se nos llevaron a Charles (y estés donde estés, viejo zorro, sabes que constantemente nos acordamos de ti), como una protesta silenciosa por haber perdido a mi compañero y a mi maestro. El público ríe, se contorsiona y aplaude sin imaginar que mi número anterior (*nuestro número anterior, querido papi*) era cien mil veces superior. Porque el público, aunque sea siempre igual, es diferente cada noche.

Alargo la actuación más de la cuenta, esforzándome como hace tiempo no me esfuerzo, intentando hacer la suficiente propaganda para que el público nos recomiende y venga mañana más gente a vernos. Es nuestra cena lo que estoy ganando: los payasos somos siempre los más populares, los más queridos. Veo a través del filtro de luz que se lo están pasando muy bien. Ya lo creo. Ayudado por la gama multicolor del láser (porque un láser no sólo sirve para matar, señores), mi espectáculo es capaz de dejar boquiabierto a cualquiera. Es impresionante. Recuerdo la primera vez que me vi reproducido en una pantalla de video 3-D, y cómo me sorprendió comprobar desde fuera de qué manera juegan los colores con la silueta humana, con mi silueta. La

luz azul da un efecto singular, maravilloso; indica que todo marcha muy bien. La verde, aunque yo no pueda captarla, quiere decir que me estoy desplazando demasiado del pozo de gravedad. Nuestra señal roja es signo de peligro. Literalmente significa: «Corta el rollo, hay problemas».

Es la luz roja la que me ilumina ahora, cálida y repugnante como el infierno. Problemas. ¿Wim se ha salido de la crisálida? ¿Los animales se encabritan? ¿Hay una tormenta magnética? No, una tormenta no puede ser. La energía se habría cortado y yo estaría ya en el suelo, con el cuello roto, y no aquí arriba buscando de cabeza mi paraguas. Problemas. Siempre problemas. Giro dos veces antes de ascender, más por cosa de la inercia que por deseos de bordar el número, y llego a la boca del pozo. Brama la detonación de todas las noches y yo dejo de estar en la cúspide. Recorro al revés el camino de llegada, borroso como una mancha de café en un vaso de agua. La ovación es tan espectacular como mi desaparición, pero yo no vuelvo a saludar. No hay tiempo. Salgo del cañón tan rápido como puedo y corro. El forzado, Mostachos, me está esperando. Anda muy tranquilo, muy sereno, muy calmo. Eso significa que los problemas son graves.

—¿Wimdyl?

—Ella está bien —tranquiliza el gigante recogíendome el gorro, desajustando la nariz cuyo color no puedo ver, deshaciendo la peluca y secando el sudor que chorrea como gelatina por mi cara maquillada de blanco—. Nuestros problemas son peor que eso. Hay *guardias de asalto* buscándonos. Un crucero de la Corporación nos ha localizado.

Dejo de ser payaso y me convierto en el jefe. Me quito los guantes, abro mi camisa, atrás quedan mis zapatos anchos. *Guardias de asalto*. Mil veces peor que una tormenta magnética. Si nos encuentran será el final. El circo excomulgado encontrará la muerte. De repente, el planetóide acaba de hacérsenos terriblemente inhóspito.

—Recogedlo todo —ordeno—. De prisa. Quiero ese telón fuera antes de tres minutos. Desmontadlo apenas haya salido el público. ¡Rápido! ¡Rápido!

Me obedecen. Todos trabajamos de firme, unidos como una piña, como un solo hombre. La parada final es olvidada en beneficio de algo mucho más hermoso: nuestra vida. El público apenas entiende lo que pasa, algún insatisfecho se queja. No importa. El público a estas alturas ya ha dejado de interesarnos. No ha pasado aún un minuto y las tres naves que forman el convoy ya están dispuestas, con los motores en marcha, preparadas a salir de aquí pitando en cuanto sea posible.

—¡Hamlet! ¡Hamlet!

Es Roco quien me llama, prestidigitador y técnico en la pantalla que nos sirve de radar. Viene sudado y pálido, todavía cuelgan de sus orejas los auriculares de metal y los cables de contacto.

—¡Es un rompehielos, Hamlet! ¡Nada más que uno! ¡Tiene que ser la *Scorpion*! ¡Calculo el encuentro en menos de sesenta minutos! ¡Debe habernos localizado, porque viene recto hacia aquí!

—¡Fuera las luces! —aúllo—. ¡No más energía de la necesaria! ¡Quiero a esos animales en sus jaulas inmediatamente! ¡Todo el mundo a su nodriza y que *Rab* nos acompañe!

Caballistas medio desnudas corren sobre la arena cargando un remolino de gases y lentejuelas, locas por perderse en la panza de metal todavía no demasiado confortable de la primera nodriza. En sus jaulas, los animales son introducidos a continuación. Hay un niño que llora, asustado. Es Gino. Lo recojo en brazos, apenas lo consuelo. Ya tendré después tiempo de entregárselo a su madre. Alguien corre con la crisálida de Wim, le echo una mano y la introducimos en la nave insignia. Corro por los pasillos. El piloto está ya conectado a la computadora, convertido en una masa de carne, metal y cables forrados de plástico. Le ofrezco mi

ayuda pero él la rechaza. Sabe que en este momento no le sirvo de nada.

—No, Hamlet. Tú tranquiliza a los demás. Lleva a ese niño con su madre y vuélvete a tu puesto. Asegúrate al asiento porque el despegue va a ser duro.

Le obedezco. Entrego al niño a otros brazos más atentos. Pongo un poco de orden, intentando no mostrar el miedo interno que me aterra. Por los micrófonos oigo la voz del piloto que avisa que nos vamos. Está ahora mezclada con un dulzón y retumbante tono metálico. Es el acople.

Me ato como puedo a mi asiento y mientras salimos al espacio libre rezo porque no puedan encontrarnos.

2

Yo tenía veinte años y no había hecho otra cosa por la vida excepto quejarme. Había nacido en la vieja y lejana Tierra, en un momento en que las fantasías más delirantes parecían estar fácilmente al alcance de todos los hombres. Ja. Cuando nuestros soldados conquistaban las estrellas, cuando pertenecían a la Corporación mundos más extraños que los que ningún escritor hubiera imaginado, cuando convivían más razas en el Universo que las que el más dotado ilustrador pudiera en toda su existencia abocetar, yo y los hombres como yo nos hallábamos confinados en el pequeño globo azul, encadenados como los seres de hace dos mil años, viviendo tan ajenos a los cambios que cada día se producen en nuestra sociedad como los eremitas en sus cuevas del desierto. Éramos, simplemente, los *terrestres*. Jamás habíamos visto de cerca las estrellas. Ni siquiera habíamos visitado alguna vez la yerma Luna. Éramos los pobres y desconsolados parias, la gente común. Nuestra tarjeta de identificación aclaraba con una estrella roja y un punto negro una verdad que nos lastimaba y escocía cada vez que nos encontrábamos con un veterano del espacio: éramos *no aptos*. Nuestra constitución física no era la adecuada, o nuestras destrezas manuales no servían para nada allá en lo alto, o simplemente teníamos que quedarnos aquí abajo para mantener el equilibrio y no perder el ritmo de la producción, nos decían, o bien teníamos que permanecer anclados por narices, por falta de créditos suficientes como para sobornar a un programador, o por falta de contacto con las esferas capaces de, aunque fuera, conseguir un

puesto de ayudante de robot en cualquiera de los mundos más solitarios y secos.

No. Nosotros estábamos aquí, y llevábamos una vida tan normal como un hombre aburrido de la Segunda Edad Media. Yo lo había leído mucho tiempo atrás, en un diario de alguien cuyo nombre no conserva la historia y que murió hace ya muchísimo tiempo. Era un diario que abarcaba poco más de un año y lo encontré por casualidad en una librería de saldos a punto de cierre. Su anónimo autor debía ser una muchacha de más o menos mi edad: Se refería constantemente al sexo y su pasatiempo favorito solía ser jugar al cricket. No sé cómo le fue la vida, pero el año recogido en las páginas impresas tuvo que ser decepcionante. El libro rezumaba frustración hasta de canto. La chiquilla se quejaba de llevar una vida monótona, y frecuentemente hacía alusiones a haber nacido demasiado tarde o demasiado pronto. Su pesimismo tenía a veces dotes de mediumnidad: Una frase suya, cuyo texto literal ya no recuerdo aunque luché por aprenderlo de memoria, hacía alusión a mi caso. En su futuro —en mi presente—, ella sabía que no sería más que una del montón. Intuía que, aunque naciera mil años después, no saldría jamás de la Tierra. Que las estrellas, como la vida lujosa de las actrices de cine de su tiempo y el mío, como jugar en el equipo campeón de la liga europea, como ser inmensamente rico y disponer de un paraíso privado y ser admirado y temido y respetado, que todo lo que ella y yo soñábamos quedaría para nosotros. Ella sabía, como yo sé y sufro ahora, que el mundo sólo sería rutilante para unos pocos. Su pesimismo era cierto. Llevaba la razón. Tuviste suerte de nacer cuando naciste, amiga.

Yo era igual que ella. ¿La Tierra? Un despojo marchito gravitando en torno a un huevo amarillento, vuelta tras vuelta. No había apenas salida. No había nada. Me angustiaba pensar en los miles de millones de seres que existían como yo. Cuántos estúpidos esperaban poder salir de este viejo y podrido mundo aunque fuera para encontrar la

muerte en el más destartado trozo de polvo. Me horrorizaba pensar cuántos ineptos igual que yo se dedicaban lisa y llanamente a soñar. Cuántos ni siquiera hacían eso. Yo soñaba despierto y sabía que soñar no era bastante. Soñar era una mierda, y volverme loco no me iba a lanzar fuera del planeta.

Porque yo ni siquiera quería ser piloto. Yo no quería ser la basura que anhelaba todo el mundo. Yo me negaba a ser un cuerpo conectado a medio millón de cables. Yo era distinto. Tenía ideales, los mismos ideales que la desconocida autora de *mi* diario. Yo necesitaba la fama, perdurar en la memoria de los hombres, dar mi vida si era necesario por una causa. Pero no había causa. No para nosotros. Ninguna causa. El espacio, los planetas, las civilizaciones extrañas y deslumbrantes me atraían porque eran un asunto novedoso, algo que era distinto y estaba allí, pero me hubiera resultado igualmente grato convertirme en una estrella de squash, o un cantante de talento, o un actor de sensocine, o un escritor de renombre.

Yo quería ser un *escribidor*. Un narrador de cuentos.

Un fabulista. Tenía cierta facilidad para escribir —la sigo teniendo—, pero no me atrevía a soñar con aquello. Lo veía demasiado lejos. Un escritor no ganaba suficientes dracmas como para vivir decentemente. Lo sabía y no me importaba. Un escritor en la mayoría de los casos ni siquiera sacaba sus sucios pies de la cochina Tierra. Era lo de menos. Un escritor no tenía ya nada que decir, me profetizaban, y eso me dolía. Un escritor no era más tenido en cuenta que un robot camarero o una prostituta barata de las vías suburbanas. Su voto no servía más que el papel en que estaba escrito. La humanidad ya ha dado demasiados escritores, decían. Ahora es el tiempo de la victoria y la conquista. Y si ya está todo contado —me advertían—, ¿qué vas a contar tú? No lo sé. No lo sé. Ya vendrán ideas. Ya encontraré algo positivo alguna vez, contestaba yo invariablemente, encogiéndome de hombros, sin prestarles atención pero sabien-

do que estaban en lo cierto. Aquel no era tampoco el camino. Un escritor *autóctono* había dejado de ser importante. Tendría que ser genial para descollar, y el sistema lo englobaría pronto. No era el camino. Una puerta más se cerraba a mi futuro. Mi única cualidad reconocida (esa y la de ser un perfecto idiota) no me servía para nada. Para nada en absoluto.

Yo tenía veinte años y estaba un poco en las nubes. Supongo que algún conocido me consideraría chalado. En su perfecto derecho y con razón, por supuesto. Yo tenía veinte años y hoy, cuando ya ha corrido el tiempo, no sé si volvería a hacer lo que entonces hice. Tal vez no. Tal vez sí. Años de golpes y miserias han ido matando poco a poco mi idealismo. Pero sí, lo haría. Nervioso y angustiado, como entonces. Ansioso ante la perspectiva de que la respuesta fuera un no. Sabiendo que todo se vendría abajo como un castillo de cristal si Nueva York no me consideraba apto para un cargo de poeta. Sí, creo que lo haría. Claro que sí. Y hoy, aunque no he conseguido nada de lo que el adolescente estúpido que fui pretendía conseguir, hoy pienso que todo en el fondo resultó muy fácil, que se debió a una racha de tremenda, de despistada y caprichosa suerte.

Mis padres, mi familia entera, trabajaban como todo el mundo en la ciudad: en la Factoría, sintetizando alimentos. Yo también hubiera debido trabajar allí, aunque suene melodramático, igual que los demás. Realmente, lo hacía durante un mes entero, por vacaciones, como pago. Me quedaban menos de dos años para que mi licencia temporal de estudios se me fuera al garete, y entonces no tendría más remedio, si quería comer —y yo quería—, que dedicarme a elaborar porquerías para malnutrir a la gente. Mientras tanto, buscaba un puesto en la Corporación. Y todas las puertas me daban, muy cortésmente, en las narices.

No pude ser piloto. En realidad, era un trabajo que no me interesaba en lo más mínimo, ya lo he dicho antes. Pero estaba bien pagado, la computadora que llegabas a ser lo